

USANDIZAGA

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ANGEL DE APRAIZ
EN LA VELADA NECROLÓGICA CELEBRADA POR EL ATENEO DE VITORIA
EN MEMORIA DE USANDIZAGA

NECESITAMOS hoy, Señoras y Señores, reconocer cómo hay instantes en la vida colectiva de los pueblos, del mismo modo que sucede en el amoroso cobijo de las familias y al igual de otros que, sin haberlos quizá comunizado, jamás la memoria de cada uno olvidará de nosotros, en los cuales, rota la esperanza que nos alumbraba con más dulces destellos, perdido el sér a quien considerábamos como cifra escrita por Dios de todas las bondades, o muerto el hombre de cuya obra veíamos depender la salud de la patria o un esplendor de la Humanidad entera..., nos parece que esas mismas ilusiones, esos anhelos y tales promesas con que nosotros forjábamos como un mundo de felicidad, son la causa de que se destruya aquello en que estriban, para que nunca la felicidad pueda realizarse. «Los amados de los dioses, mueren jóvenes», fué una formula en la que los antiguos condensaron amarga experiencia de realidades y un como anticipo de idealidad que ve en lo inacabado y apenas existente, en lo que se nos da a manera de iniciación, de flor, de aurora, lo más bello que la tierra puede ofrecernos. Sabemos muy bien nosotros cómo son tan sólo rastros de amor, los que algunas veces podemos encontrar, sembrados de encanto, en medio de los caminos de la vida. En ocasiones, sobre las cumbres del arte a las cuales esta noche hemos de asomarnos, se nos muestran esos divinos senderos con claridad esplendorosa. Pero el guía, aquel hombre que hasta ellos nos condujo y que mirábamos aureolado con un nimbo allá en la cima, ha desaparecido de repente; prodigiosa fué

la misión que había realizado y acaso por eso también desapareció con prodigio. Él llegó sin duda al término que le había ganado el duro caminar, y mientras tanto nosotros, llorando su ausencia con la que se quebraron las alas sobre las que volaba nuestro espíritu, no acertamos a apartar los tristes ojos de aquel lugar de maravillas cuya contemplación le debemos.

*
* * *

Así fué Usandizaga. Su figura física, aun siendo en realidad lo que menos de él nos interesa, no deja de contribuir por su misma endeblez y sus defectos naturales, a que destacara sobre ella la espiritualidad, mostrándose en su rostro fino y descarnado, en sus ojos tristes por los que a veces pasaban ráfagas de fulgor, en los vivos ademanes que ritmaban con una aguda expresión de simpatía. Su vida comenzó en San Sebastian, hace veintiocho años, y las anécdotas familiares nos hablan de sus inquietudes de muchacho que parecían incompatibles con aquella naturaleza ya enfermiza; de las primeras revelaciones de su genio musical, manifestándose a la edad de cinco años sobre un tímpano de cristales, juguete en forma de piano que aun se conserva y en el que reproducía composiciones y ejecutaba acordes inverosímiles en tal instrumento. Luego las dudas y las gestiones de sus padres, las consultas a los maestros, para ordenar el porvenir de aquella vocación ardiente. Marcha a París cuando contaba catorce años y allí permanece hasta los veinte en la «Schola Cantorum», recibiendo enseñanzas de algunos de los más insignes cultivadores de la música moderna, trabando amistad con el vitoriano Guridi, que luego había de luchar lo mismo que él en una empresa para la que habían nacido hermanos, y depurándose sin duda su sentido estético en aquel refinado ambiente. En París hubo Usandizaga de componer algunas obras, apenas sin otro carácter que el de ejercicios de escolar. Su primera revelación a un público numeroso, fué triunfando en los certámenes organizados con motivo de las Fiestas euskaras de San Sebastián, Elgoibar, Eibar y Hernani en los años de 1906 a 1909, con composiciones destinadas casi todas de orquesta o banda y basadas en motivos populares vascos, los cuales inspiraron también otras obras de música de cámara escritas en esta época y entre las que se cuentan dos de las que en el piano van a ser ejecutadas. Pero la victoria que hizo vibrar por todo nuestro país, como un clamor, el nombre de Usandizaga, fué la conseguida al estrenarse en

Bilbao por Mayo del 910 la ópera *Mendi-Mendiyan*, cuyas representaciones se repitieron en San Sebastián también y dejaron firmemente consagradas por el pueblo y por la crítica, la vigorosa inspiración y la técnica, completa del autor de aquella música. Prueba de ello como, tres años más tarde, cuando su Ciudad natal se disponía a celebrar las fiestas del Centenario de su reconstrucción, encarga a Usandizaga el himno en que resuene el jubiloso orgullo de su prosperidad de hoy. Y sin embargo de todo esto, cuando Usandizaga quiere estrenar en Madrid es preciso que como de la mano le lleve un literato práctico en aquellos teatros, y el público y los periódicos saludan como a una novedad inesperada al compositor a quien por no haber estrenado hasta entonces en Madrid no le bastan cuatro años de gloria para que allí llegue siquiera la noticia. ¡Signo revelador de tantas y tantas cosas, entre ellas de la noble hospitalidad del público madrileño, pero donde debemos aprender lo innecesario y circunstancial de tales consagraciones, aunque ésta nos llene de alegría y de entusiasmo! La música de *Las Golondrinas* se compuso durante el otoño de 1913, en el caserío «Aguerre», de Urnieta, no muy lejano a San Sebastián, estrenándose en el Teatro Price de Madrid por Febrero del año siguiente. Inútil me parece referir el éxito que por España entera conquistó la obra; superfluo el hablaros aquí donde otros han de hacerlo y vosotros las pudierais apreciar aunque ninguno os lo indicase, de la expresividad, la lozanía, la originalidad, manifiesta en la orquestación — aunque Usandizaga, como los más grandes músicos de todo el mundo, se haya inspirado para *Las Golondrinas* también en temas populares...—, de la poesía del humorismo y la pasión derramados por esa partitura, en la que nos parece sentir al genio que la creó arrancándose las cuerdas sonoras del alma, para hacerlas vibrar en los corazones de todos. De la vida íntima del suyo se nos cuentan tristes episodios, en los que su ilusión de humano amor queda apagada ante la muerte que se acerca. Y otra vez, la última, lo volvemos a encontrar haciendo el postrer acto de comunión con las montañas que antes cantara y con la tierra que nunca olvidó: en una casa de Yanci, sueña con nuevas obras que dentro de la fragilidad de su pecho arden, y escribe aquella a que no logró dar fin y que ansiamos conocer tal como él la dejara, sin que extrañas voces perturben lo que hemos de escuchar con emoción religiosa, como su final aliento; esa obra en cuyo nombre nos parece que se condensa todo lo que en Usandizaga había y aquello que nos lo llevó: *La llama...* El

5 de Octubre de este año espiraba como cristiano Usandizaga en San Sebastián, diciendo a sus padres y hermanos que rodeaban el lecho: «Hay que ir. Dios lo dispone así».

*
* * *

Permitid, Señoras y Señores, que en este acto tan humilde como sentido que dedicamos a su memoria, en el que elementos muy valiosos, artísticos y literarios, de nuestra Ciudad, ya por todos vosotros conocidos, tratan de rendir homenaje a aquel a quien se consideran unidos por la sangre y por el alma; acto en el que nos honran con la cooperación de sus escritos y de sus alientos amigos queridos, algunos ausentes, en los que también se representa y ahora en favor nuestro, el espíritu de unión indicado; que ante esta concurrencia tan alagadora por lo que su presencia significa aquí; abandone la costumbre de los elogios previos y hoy, del mismo modo que vosotros, ponga sólo el pensamiento en el gran maestro cuya pérdida lloramos y en sus obras ante las que nos rendimos, pues en ellas hay algo de una vida tal que hasta sobre la muerte triunfa.

